

diversas razones. La bibliografía, con algún error sin importancia y alguna ausencia criticable aunque prescindible, se ha detallado con precisión. Ninguno de ellos son capítulos cerrados y éste es a mi parecer el mejor de los dones de esta obra. Otro lo constituye el vivo deseo de la historia más íntima, la que responde a cuestiones fundamentales, cuyo principal valor reside en trazarse para ser compartida, compartida y comparada: “relea el lector –nos dice el autor en sus últimas palabras– los (...) párrafos precedentes, y cuestiónese si estas conclusiones son extrapolables a otros pueblos extremeños”.

José Pablo BLANCO CARRASCO

TESTÓN NÚÑEZ, Isabel y SÁNCHEZ RUBIO, Rocío (Estudio introductorio): *La memoria ausente. Cartografía de España y Portugal en el Archivo Militar de Estocolmo. Siglos XVII y XVIII*, Badajoz, 4Gatos, 2006, CD-ROM Interactivo.

En muchos sentidos, el estudio de la historia de la cartografía española en los últimos años refleja la gigantesca transformación que ha sufrido España, dejando de ser un país aislado políticamente y relativamente atrasado para convertirse en un punto de referencia internacional en los sectores del comercio, la cultura y la política. Obviamente, esta gran transformación no tuvo lugar de la noche a la mañana, al igual que sucedió con la historia de la cartografía de este país. Durante la dictadura franquista, la cartografía era una materia de investigación histórica a la que se le prestaba relativa poca atención. Los recursos eran limitados, había pocos expertos y la falta de catálogos bien organizados y de métodos de búsqueda dificultaban las tareas de investigación. Además, la mayoría de expertos que se aventuraban a introducirse en la historia de la cartografía actuaban como anticuarios interesados en cuestiones tales como la autoría, cronología y la precisión de los mapas, por no mencionar los aspectos puramente estéticos de dichos mapas.

A finales del siglo XX ya se había producido un cambio en esta forma de analizar los mapas al empezar España a participar de la emoción que en otros países ya había conseguido transformar la cartografía en un ámbito de conocimiento fundamental e incluso innovador. La “Nueva Historia de la Cartografía” (*New Map History*), tal y como generalmente se le conoce, comenzó en Gran Bretaña en los años 70, cuando Brian Harley decidió abandonar las tendencias de las generaciones anteriores de historiadores de la cartografía que actuaban a modo de anticuarios y adoptar métodos de interpretación textual de la crítica literaria, tan en boga en aquellos momentos. Harley y sus seguidores, tanto en Europa como en Estados Unidos, no estaban interesados en los mapas como meros objetos, alejándose así de las cualidades estéticas que tanto gustaban a los coleccionistas de mapas de todo el mundo, sino que pretendían ir más allá de las líneas y símbolos que indicaban espacios, distancias y tierras, indagando en los contextos en los que los mapas se habían diseñado y utilizado. En este proceso, los mapas se convertían en textos abiertos a todo tipo de interpretación. De esta forma, algunos mapas se convirtieron en instrumentos del imperio, es decir, fueron las herramientas de las que se sirvieron los señores imperialistas para tomar posesión de continentes lejanos con el fin de robarle las tierras a sus habitantes. Otros se convirtieron en verdaderas marcas del estatus de los terratenientes y de su poder, insignias de posesión, y en un sentido más macabro, los mapas fueron también las herramientas usadas por los gobernantes para reclamar unas tierras cuya pertenencia no estaba nada clara. Otros mapas pasaron a ser verdaderas armas de guerra, documentos que se usaron tanto para controlar a los súbditos como para exigirles el pago de impuestos, anuncios cuya intención era engatusar a los colonos para que emigraran a colonias lejanas, de la misma forma que las guías educativas pretendían ayudar

a los misioneros cristianos en sus intentos por convertir a los paganos. Los mapas entendidos de esta forma adquirirían significado, de manera que el campo de la investigación cartográfica comenzó a florecer cuando historiadores, historiadores del arte y literatos invadieron el sector cual campo de batalla armados con preguntas que a menudo poco tenían que ver con las preocupaciones de los anticuarios de épocas anteriores. La Nueva Historia de la Cartografía empezó a despuntar en España un poco tarde, a mediados de los 80, gracias en parte al trabajo de expertos extranjeros.

Un aspecto importante de esta nueva visión de la cartografía lo constituía la búsqueda de mapas y documentos similares a los que los expertos en historia de la cartografía tradicionales no habían prestado atención por carecer, según ellos, de importancia cartográfica. En este contexto cabe destacar la publicación de *Ciudades del Siglo de Oro: Las vistas de Anton Van den Wyngaerde* (Madrid, Ediciones El Viso, 1987), un compendio de vistas de ciudades que fueron encargadas por Felipe II. Repartidos entre numerosos archivos y bibliotecas europeas, la publicación de estas vistas requirió la colaboración de un grupo internacional de expertos, en el que tuve la enorme suerte de participar. Para algunos, estas vistas representaban una nueva y fascinante guía a través de la estructura urbana de la España del siglo XVI. La Nueva Historia de la Cartografía, sin embargo, sugirió que estas vistas eran más que meras representaciones de ciudades españolas, ya que desde el principio fueron concebidas como el equivalente cartográfico de las insignias de honor, emblemas que Felipe II podía usar para impresionar a los visitantes extranjeros ofreciéndoles información sobre el tamaño, la cantidad y la importancia de las ciudades que estaban bajo su dominio.

Sea cuales fueren las intenciones originales de la publicación de los dibujos de ciudades españolas de Van den Wyngaerde, éstos actuaron de catalizador e impulsaron a una nueva generación de expertos españoles a sumergirse en la Nueva Historia de la Cartografía, hacia la importancia simbólica de los mapas, y a descubrir cómo los mapas sirvieron de armas imperialistas y administrativas. El aumento del interés por el material cartográfico no tardó mucho en contribuir, después de mucho tiempo de espera, a la publicación de guías sobre los mapas que se encontraban en archivos y bibliotecas españolas. Este interés también contribuyó al éxito de una serie de seminarios organizados bajo los auspicios del Institut Cartogràfic de Catalunya que ayudó a introducir a los expertos españoles en los métodos y técnicas interpretativas de la Nueva Historia de la Cartografía. Mientras tanto, el aumento del interés por la cartografía también culminó en la búsqueda de un nuevo tipo de imágenes cartográficas y, finalmente, en el descubrimiento de mapas “perdidos”, es decir, mapas manuscritos de cuya existencia no se tuvo noticias durante muchos años. Un descubrimiento de estas características tuvo lugar en la Biblioteca Nacional de Austria, donde dos historiadores del arte, Felipe Pereda y Fernando Marías, hallaron un importante atlas manuscrito de la Península Ibérica que había sido encargado allá por 1620 por Felipe IV. Su descubrimiento se plasmó en la importante obra titulada *El atlas del Rey Planeta* (Nerea, Madrid, 2002). Un segundo descubrimiento de casi la misma relevancia tuvo lugar en Estocolmo, donde Carlos Sánchez identificó otro atlas “perdido” del siglo XVII. En este caso, el denominado Atlas Heliche se componía básicamente de planos de ciudades y diseños de fortalezas, cuya misión consistía en defender las fronteras remotas de los Habsburgo. Publicado bajo el título *Imágenes de un Imperio Perdido* (Junta de Extremadura, Badajoz, 2003), este atlas se diseñó aparentemente con fines estratégicos, pero en parte gracias a los métodos interpretativos de la Nueva Historia de la Cartografía, Rocío Sánchez, Isabel Testón y Carlos Sánchez pudieron determinar que este atlas también pretendía ensalzar la importancia de la persona que lo encargó, el Marqués de Heliche, al haber contribuido a la defensa del imperio español en una época de guerras y revueltas sin precedentes.

Las imágenes que aparecen en este CD reflejan el descubrimiento de otra serie de mapas “perdidos”. Gracias de nuevo a la capacidad investigadora de Carlos Sánchez, se nos muestra

la importante colección de mapas a los que durante mucho tiempo no se prestó atención, custodiados hoy día en los archivos militares de Suecia. Estamos ante un verdadero tesoro cartográfico. La clarificadora introducción de Isabel Testón y Rocío Sánchez ilustra el cómo y el porqué estos mapas pasaron a los archivos de la monarquía de los Vasa.

La mayoría de estos mapas, que datan de los siglos xvii y xviii y a los que les aguarda un estudio minucioso, son los que uno espera encontrar en un archivo militar: diseños de fortalezas, planos de puertos y ciudades fronterizas, detallados mapas provinciales, etc. Pero, desde mi punto de vista, la gran sorpresa es la planta de un fortín diseñado para la Casa de Campo de Madrid que data de 1644. Este dibujo de trazos de calidad se atribuye al Infante Baltasar Carlos, el heredero al trono de España. Finalmente, este fortín nunca llegó a construirse y en 1646 el Infante moría a los 17 años de edad. La importancia de este dibujo reside en el hecho de que Baltasar Carlos, como parte de su educación, había sido instruido tanto en la utilización como en la preparación de mapas y planos. Diego de Saavedra Fajardo, en su famosa obra *Idea de un príncipe político cristiano* (Madrid, 1642), tratado educativo especialmente preparado para Baltasar Carlos, aconsejaba al príncipe sobre la importancia de la cartografía y lo instaba a familiarizarse con los mapas por su utilidad política y militar. El descubrimiento del dibujo “perdido” del Infante implica que no hizo oídos sordos a la sugerencia de Saavedra Fajardo. Siguiendo los preceptos de la Nueva Historia de la Cartografía, este hecho también indica que la monarquía de los Habsburgo, contrariamente a la idea persistente de la escasez de material cartográfico de la España del siglo xvii, otorgó una gran prioridad a la producción de mapas, especialmente a los mapas de carácter militar y estratégico. No es de sorprender que este tipo de mapas fuesen considerados secretos de Estado, el equivalente del siglo xvii al *arcana imperii* de la Antigua Roma. Ahora, sin embargo, gracias a la publicación de este CD, contaremos con una idea muchísimo más clara acerca de estos mapas “secretos”.

Richard L. KAGAN

EGEA BRUNO, Pedro María: *La enseñanza primaria en Cartagena durante la II República y la Guerra Civil (1931-1939)*, Cartagena, Editorial Áglaya, 2006.

Dentro de los nuevos enfoques abordados por la historiografía actual, cabe destacar el impulso adquirido por la denominada historia cultural, que contacta con una de las líneas de trabajo más recurrentes y utilizadas por el historiador: los movimientos sociales. La historia social de los grupos subalternos debe tener en cuenta el conjunto de sus prácticas y valores culturales y educativos. Con ello se dejan a un lado las viejas orientaciones de la historia cultural, que iban dirigidas sobre todo a las producciones literarias y artísticas, y se produce, en esa línea, una renovación de materias como la Historia de la Educación, que supera el tradicional estudio de las corrientes y movimientos pedagógicos, para analizar los procesos diversificados de escolarización y las prácticas educativas sociales.

Es preciso conceder toda la importancia que tiene al campo de la historia de la educación dentro de la nueva historia cultural. De hecho, temáticas histórico-educativas como el niño y su condición, la actitud adulta hacia la infancia o la influencia difusa en la educación de instituciones no formalmente educativas como el ejército, ateneos o casinos, entre otros aspectos, han alcanzado un importante poder de convocatoria entre los jóvenes historiadores. Si en las sociedades actuales, con un elevado grado de alfabetización, la cuestión puede resultar menos trascendente, cuando el objeto de estudio se circunscribe a etapas pretéritas, su interés es inequívoco, pues su análisis nos permite conocer el grado de desarrollo social y las vicisitudes que atravesaba el desarrollo educativo.